

CASTEL, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

El individualismo permeabiliza la sociedad actual e impone a sus ciudadanos la tarea de luchar por la independencia. Con la visión neoliberal plenamente asentada en el contexto occidental, operamos (como sociedad) bajo el supuesto de que la libertad equivale a independencia individual. Y sin embargo, y como bien explica el sociólogo Robert Castel en su obra, *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo* (2010), “los individuos están desigualmente respaldados para ser individuos” (p.305). En esta obra de gran relevancia para el debate actual, Castel analiza ese tránsito del capitalismo industrial al capitalismo postindustrial, subrayando perspicazmente sus implicaciones para nuestros modelos de vida. Y en efecto, con la entrada de la modernidad tardía hemos presenciado la aparición de una “dinámica de descolectivización o de reindividualización” lo que ha fomentado un estado anómico e incierto para el trabajador (p 24). Es decir, la consolidación de “la sociedad de los individuos” (Norbert Elías) en su forma actual ha roto con los vínculos colectivos produciendo así una “sociedad del riesgo” (Ulrich Beck).

Para esta obra, Robert Castel continúa con sus anteriores estudios de la “gran transformación” y sus efectos sobre el mundo laboral, ilustrando lúcidamente los retos a los que nos enfrentamos en el marco europeo. Castel ya puso de manifiesto en su libro, *La metamorfosis de la cuestión social* (2002), la centralidad del trabajo como cuestión social y para la cohesión social. Y por otro lado, en *La inseguridad social* (2004), el autor empezaría a esbozar su propia visión acerca de lo que constituye una sociedad segura, introduciendo el concepto de “una sociedad de semejantes” donde existen precisamente esas “relaciones de interdependencia”. En su última obra, *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Castel profundiza en sus explicaciones sobre esa evolución del contexto laboral hacia un modelo flexible e individualizado, exponiendo claramente la coerción a la que está sometido el individuo contemporáneo.

La citada obra está dividida en tres partes: las desregulaciones del trabajo, la reconfiguración de las protecciones y los caminos de la desafiliación. Castel empieza por describir los cambios estructurales que han ido produciéndose a lo largo de los últimos cuarenta años, haciendo hincapié en ese tránsito del compromiso social del capitalismo industrial al riesgo del capitalismo flexible. Hablamos, por lo tanto, de un abandono de los logros conseguidos durante la sociedad salarial para adentrarnos en una sociedad individualizada que paradójicamente, como veremos, va en contra del individuo. Para presentar al lector una visión más amplia del panorama laboral, Castel parte de la Europa preindustrial mostrando como prevalecía un “estado de servidumbre” (p.59). De hecho, y como bien explica el autor, “hasta el siglo XVIII e incluso más tarde, el individuo trabajador no tenía ninguna existencia propia, ningún derecho, ninguna protección vinculada personalmente con él” (p. 64). En este sentido, la jurisdicción del trabajo de la sociedad preindustrial se basa en el

sistema de los gremios y las corporaciones. A partir de la Revolución Francesa, el trabajo forzado y la regulación del trabajo se va derogando ya que “el contrato de trabajo es en adelante una transacción entre dos individuos libres e iguales” (p. 65). Con la industrialización de la sociedad y la paulatina intervención por la vía del derecho, “el contrato individual de trabajo fue progresivamente rodeado y atravesado por regulaciones colectivas garantizadas por la ley, cuyos dos pilares están constituidos por el derecho del trabajo y la protección social” (p. 67). De esta manera se sustituye el régimen contractual por un régimen estatutario dando entrada a una sociedad salarial. Así, como hablamos de la ciudadanía política también podemos empezar a hablar de la ciudadanía social que es “un estatuto hecho de derechos y deberes sobre la base de una pertenencia colectiva” (p. 68). Y es que este contexto, donde se desarrolló una colectivización de las relaciones de trabajo, permitió y fomentó en cierta medida el desarrollo personal de los trabajadores y por lo tanto, una existencia más libre. Por otra parte, y según Castel, la sociedad salarial representa una sociedad más cohesionada, ya que los individuos están inscritos en colectivos estructurados.

A pesar de los defectos que pudiera presentar, la sociedad salarial supuso la aparición de un modelo más sostenible y menos desigual. A partir de los años setenta esto irá cambiando y el movimiento hacia la descolectivización y el deseo de *liberar* al trabajador de protecciones y regulaciones llevará al contexto individualista e incierto que nos rodea en la actualidad. Castel explica que hoy en día asistimos a “un deterioro o a una desestabilización de ese acoplamiento entre trabajo y protecciones, cuyos indicios se multiplican (la desocupación masiva, la precarización de las condiciones, la multiplicación de los tipos de contrato, el desarrollo de situaciones entre trabajo reconocido y no trabajo, etc.)” (p.69). En este sentido, es preciso hablar de “una degradación del estatuto del empleo” donde el trabajador corre el riesgo de “quedarse afuera de la sociedad salarial” (pp. 71-72). Por eso existen lo que Alain Supiot denomina *zonas grises*, donde los trabajadores precarizados o mal pagados apenas subsisten. Y haciendo referencia a esta realidad, Castel sustituye el término “individuos negativos”, que había usado en obras anteriores, por la idea de “individuos por defecto”. Y es que según el autor los “individuos por defecto” son “aquellos que carecen de los recursos necesarios para asumir positivamente su libertad de individuos” (p. 328).

Al hablar de la marginalidad del mercado laboral, Castel muestra su preferencia por la noción de “desafiliación” e ilustra su importancia mediante la leyenda de *Tristán e Isolda*. El autor defiende así la “desafiliación” en vez del concepto de “exclusión” ya que este último término se aproxima a la idea de estar fuera de la sociedad, cosa que no concuerda con los casos que mencionamos. Por otro lado la marginalidad “interpela a la estructura social en su conjunto” y requiere un análisis que reconozca su centralidad para el debate que nos atañe. Ante esta situación inestable, nos encontramos con una batalla entre un reformismo liberal y un reformismo de izquierda. El reformismo liberal defiende una reducción del derecho del trabajo ya que desea menos regulaciones jurídicas e intenta *liberar* al mercado laboral. Por otro lado, el reformismo de izquierda subraya la importancia y la fuerza

del derecho del trabajo defendiendo una reorganización de esta estructura en vez de su debilitamiento para fomentar precisamente lo que Castel llama la “independencia social”.

El autor se muestra reacio en cuanto a la posibilidad de refundar el sistema y aboga, en cambio, por su reorganización. En este sentido, el autor parte de un planteamiento reformista de izquierda, ya que propone reforzar los soportes de los trabajadores bajo una reestructuración del modelo capitalista. Castel admite que existen otros riesgos para la sociedad, como los riesgos ecológicos o los riesgos tecnológicos, pero defiende la centralidad del trabajo ya que sobre esta dimensión depende la cohesión social y la posibilidad de afrontar otros retos que puedan afectar a la sociedad en su conjunto. Y es que los jóvenes tienen hoy en día la difícil tarea de buscarse un hueco en el mundo del trabajo y de adaptarse según las directrices del mercado. Predomina por lo tanto ese “modelo biográfico” (Beck) lo que requiere una identidad *líquida* de los trabajadores ya que deben cambiar en función de las necesidades del momento. Esta dinámica *trágica* de cambio permanente supone para el trabajador la obligación de adoptar roles diferentes. En este sentido el trabajador del capitalismo *flexible* es un actor cuya responsabilidad es la de interpretar diferentes papeles en función de la obra. Predomina por lo tanto entre los jóvenes unas relaciones más distanciadas y más desapegadas del trabajo. En este sentido, Castel afirma que “la actitud de los jóvenes frente al trabajo depende ampliamente de la naturaleza y la calidad de los soportes sociales de este tipo que pueden movilizar” (p. 124).

El sociólogo articula, como venimos explicando, un planteamiento reformista para afrontar la situación problemática en la que se encuentra la sociedad francesa, en particular, y la sociedad europea, en general. El autor defiende así una relación más equilibrada con el trabajo (basada en el estatuto del empleo) para fomentar la integración social y sugiere al lector la necesidad de reconfigurar el sistema de protecciones para alejarnos de la hegemonía absoluta del mercado. Como bien explica el autor, el mercado no fomenta los lazos sociales ya que se basa en la rivalidad y la competitividad. Es preciso por lo tanto una reestructuración del sistema que permita tanto la competitividad como la protección del trabajador. Es decir, según Castel es necesario un reequilibrio entre las fuerzas del mercado y las protecciones sociales. En este sentido el escritor francés aboga por la reconfiguración del derecho del trabajo para que se adecue al marco individualizado en el que nos encontramos. A partir de la fisura de lo colectivo y la fragmentación de la conciencia de clase es fundamental, según Castel, una reorganización del modelo social. Y precisamente en un mundo globalizado y cambiante es importante que sepamos hacer progresar ese modelo social europeo que nos permita actuar de manera sostenible. Por este motivo, es esencial que el Estado social se adapte al contexto poliédrico de nuestro tiempo para que sea eficaz como “reductor de la inseguridad” (p. 153). El autor plantea diferentes posibilidades al respecto y concluye que “las transformaciones del Estado social para hacerse más dúctil, más activo de alguna manera flexible, para imponerse lo más cerca posible de las situaciones particulares,

son positivas” siempre que esa reorganización “no traiga aparejado su debilitamiento” (pp. 186- 187).

En resumen, y como bien afirmó Norbert Elías, los seres humanos “no somos independientes” sino que somos esencialmente interdependientes. Es necesario por lo tanto entender la individualidad y la dependencia social no tanto como dos extremos sino como las dos caras de una misma moneda. Robert Castel reconoce esta realidad implícitamente al defender la importancia de los soportes sociales. Es más, Castel señala que “no hay individuos sin soportes y sin Estado” (p. 333). En este sentido podemos hablar de una lucha por la libertad en vez de la independencia social. La interdependencia es lo que caracteriza al ser humano y lo que fomenta su desarrollo. Así pues, el individualismo que predomina en el contexto occidental, va en contra de la individualidad. Es decir, la visión individualista perjudica al individuo y por lo tanto a la sociedad en su conjunto. La descolectivización implicaría por lo tanto una desindividualización, que es lo que observamos en la actualidad. Y sin embargo, es evidente que la concepción hegemónica sobre la noción de libertad se expresa en términos neoliberales (como un estado de independencia). No debemos olvidar el hecho de que “las luchas políticas son luchas semánticas” (Amparo Serrano Pascual). A raíz de lo mencionado es preciso promover un marco alternativo que permita superar esa visión dicotómica que separa la libertad de la seguridad y que fracciona el individuo de la sociedad. La libertad y la seguridad forman una sola cosa así como la individualidad y la dependencia social representan las dos caras de un mismo objeto. En fin, la última obra de Castel nos acerca a ese replanteamiento de lo social y a la posibilidad de una “sociedad de semejantes”.

Mateo TURNBOUGH,  
Universidad Complutense de Madrid  
mlturnbough@estumail.ucm.es